

Profecía, Iglesia y Mundo

Mario Arroyo



Biblioteca
Online

Profecía, Iglesia y mundo

Mario Arroyo

Profecía, Iglesia y mundo



Profecía, Igleisa y mundo
© Mario Arroyo, 2024
© BibliotecaOnline SL, 2024
Serrano 51
28006 Madrid
(España)

Primera edición: Marzo de 2024
ISBN: 978-84-17539-97-9
Diseño de cubierta: BibliotecaOnline SL
Fotografía de Juan Carlos Fonseca Mata. Cristo Rey - Cerro del
Cubilete - Silao, Guanajuato
Composición: BibliotecaOnline SL
Impresión y encuadernación: Podiprint
Impreso en España-*Printed in Spain*

Las afirmaciones incluidas en el libro son responsabilidad exclusiva de los autores. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Contenido

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	13
ESPIRITUALIDAD.....	17
PROTAGONISTAS DEL ADVIENTO: SAN JUAN BAUTISTA	18
PROTAGONISTAS DEL ADVIENTO: SAN JOSÉ.....	21
PROTAGONISTAS DEL ADVIENTO: LA VIRGEN	27
NAVIDAD AMARGA	31
LA SOLEDAD	33
EVANGELIO DE LA DESESPERANZA	36
LA GRANDEZA DEL SACERDOCIO.....	41
HISTORICIDAD DE LA VIRGEN DE GUADALUPE	43
REDESCUBRIR EL ALMA	47
IGLESIA.....	53
REZAR LA IGLESIA	54
UNIDAD, DESAFÍO DE LA IGLESIA	58
ANNUS TERRIBILIS OPERIS DEI	60
FIDUCIA SUPPLICANS UNA OPINIÓN	65
EL DESAFÍO DE LA SINODALIDAD	67
DILEMA DE LA OBRA	70
GEORG GÄNSWEIN.....	72
REDES SOCIALES Y EVANGELIZACIÓN	76
SANTIDAD.....	79
DECONSTRUCCIÓN	80

CANONIZACIONES DIFÍCILES.....	85
MÁRTIRES ECUMÉNICOS.....	88
EL PODER DE UNA MUJER.....	90
DEPRESIÓN DE LOS SANTOS	92
CRISIS	96
LIBERTAD RELIGIOSA EN NICARAGUA	97
ÁRBOL MALO, FRUTOS BUENOS.....	99
RUPNIK, EL ARTE Y EL PECADO	102
FRANCISCO.....	105
REZAR POR EL PAPA.....	105
EL DOBLE DISCURSO DE FRANCISCO.....	108
TRES PENSAMIENTOS ESPERANZADORES	110
EL PAPA DEFIENDE LA CIENCIA	112
MONGOLIA Y FRANCISCO	115
CON LA MIRADA EN LA JMJ	117
LA FRESCURA DE UN MILAGRO	119
Y DESPUÉS DE LA JMJ, ¿QUÉ?	122
LA CONFIANZA Y EL AMOR.....	124
UNIVERSIDAD DEL SENTIDO.....	126
UNIVERSIDADES CATÓLICAS	129
JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ 2024	131
CULTURA	136
¿TIENE SENTIDO LA PREGUNTA POR EL SENTIDO?.....	136
HUMANISMO CRISTIANO Y TRABAJO.....	139
ATEÍSMO MADURO.....	143

REDESCUBRIR EL MATRIMONIO	146
CELIBATO MATRIMONIAL.....	148
ECLIPSE DE LA CIVILIZACIÓN.....	150
DERECHO ENFERMO DE IDEOLOGÍA	153
SEÑORES DE LA VIDA Y DE LA MUERTE	155
LIBERTAD DE CULTO VS DERECHOS LGBT.....	157
NACHO CANO Y LA MALINCHE	160
NEFARIOUS LA PELÍCULA.....	162
EL RETRATO DEL ANTICRISTO	164
GUERRA.....	167
LA PAZ EN TIERRA SANTA.....	167
POBRE ARMENIA.....	170
EPÍLOGO	173

PRÓLOGO

Dice el Evangelio que Jesús, “al desembarcar, vio una gran multitud y se compadeció de ella, porque estaban como ovejas sin pastor. Y se puso a enseñarles durante un largo tiempo” (Mc 6,34). Y antes de subir al cielo, ordenó a sus apóstoles: “Vayan por todo el mundo y proclamen la Buena Noticia a toda criatura” (Mc 16,15).

Como entonces, hoy también hay muchas ovejas sin pastor, y el Pbro. Mario Salvador Arroyo Martínez Fabre, sacerdote del Opus Dei, siguiendo lo que hacía Jesús y lo que ordenó a sus apóstoles, dedica un largo tiempo de su vida a enseñar y a proclamar la Buena Noticia a sus alumnos universitarios, así como al gran público que aprecia su servicio evangelizador.

¿Qué enseña y qué proclama el P. Mario? El Evangelio de Jesús, la Sabiduría de Dios. Lo único que le interesa es ofrecer el camino, la luz y la vida, que es Jesús. Pero esto no sólo para que las personas sean más piadosas y participen más en las celebraciones religiosas, sino, sobre todo, para que su vida sea iluminada por Dios, y así puedan transformarse en seres nuevos, que ayuden a construir un mundo mejor, una sociedad más justa y fraterna.

Es lo que inspiró a San Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei: ofrecer el Evangelio para la vida diaria, para que sean santos los diferentes miembros de la comunidad, desde los que tienen menos oportunidades en la vida, como quienes ocupan puestos de importancia. Todos están llamados a la santidad, que es vivir la alegría del Evangelio, como insiste el Papa Francisco.

Lo que el P. Mario nos ofrece en este libro es su vivencia del Evangelio, de la Buena Noticia, y que nos comparte generosa y creativamente como una luz para las circunstancias variantes de esta sociedad líquida. Por ello, aborda temas de actualidad, iluminándolos con la sabiduría de Dios.

No es un sacerdote que se quede encerrado en la sacristía, ni siquiera en las aulas universitarias, sino que, con valentía y profundidad no sólo filosófica, sino psicológica, antropológica, social y teológica, ofrece al mundo lo que él ha bebido de la fuente perenne de su fe católica. No son unas catequesis sistemáticas, ni unas clases de teología, sino una luz para tantos jóvenes, y no tan jóvenes, que viven como ovejas sin pastor.

El P. Mario, conviviendo con las nuevas generaciones, comprende la desorientación de tanta gente, que se deja llevar por cualquier pastor, sea el celular, las modas, la política sin ética, la inteligencia artificial, o lo que el mundo ofrece como panacea de felicidad.

Inspira estos artículos en lo que nos indicó el Concilio Vaticano II (1962-1965), que en su Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* nos dice: "Para cumplir su misión, es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas. Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza" (GS 4).

En sintonía con lo que hacía Jesús y con lo que nos explicita el Concilio, el episcopado mexicano, en su Proyecto Global de Pastoral 2031+2033, nos orienta: "El Señor nos llama a poner atención en los signos de los tiempos, en la vida de las comunidades y en el sentir de cada persona, porque el pueblo mexicano está herido por una guerra fratricida, ajena al deseo materno que el Padre de Cristo ha manifestado en el mensaje de Guadalupe" (13).

"Acercarse a la realidad es el punto de partida, porque en ella se encuentran las alegrías y las esperanzas más profundas, los dolores, las luchas y los sufrimientos más sentidos. Queremos acercarnos a ella con los ojos bien abiertos, alertar bien nuestros oídos para escuchar los gritos

de nuestro pueblo y encender nuestro corazón para acoger la voz del Señor que se manifiesta a través de ella" (22).

"Desde esta mirada del Dios Redentor estamos interpelados los pastores, a ser más sensibles y más cercanos al pueblo y así enfrentar los desafíos de nuestro país. La realidad es una teofanía, es decir, Dios nos sigue hablando a través de los signos de los tiempos" (145).

Valoramos mucho este servicio evangelizador del P. Mario, y se lo agradecemos de corazón. Pedimos al Espíritu Santo y a nuestra Madre de Guadalupe que lo hagan fecundo.

+ Cardenal Felipe Arizmendi Esquivel
Obispo emérito de san Cristóbal de la Casas, México.

INTRODUCCIÓN

El hilo conductor que une, como una especie de collar de perlas, los cincuenta y un capítulos¹ agrupados en siete secciones de este libro es la fe. Cómo se ve a la Iglesia, la cultura y el mundo con una mirada de fe. Ciertamente ello no lo convierte en "cuestión de fe", algo que "debe ser creído" por el creyente, católico en este caso. No, no es el Catecismo, tampoco la Biblia. No es la fe absoluta o la fe objetiva —aquella contenida en el Credo y en el Catecismo de la Iglesia Católica—, sino la fe subjetiva del autor. Se trata de descubrir cómo pueden contemplarse y, por así decir, transfigurarse las realidades a través del prisma de la fe personal. La Iglesia, la cultura y el mundo se ven de forma diferente, de manera que el libro constituye una invitación a que cada lector se ponga los "anteojos de la fe", descubriendo así, con una nueva profundidad, la realidad que lo circunda, de manera que ella no está cerrada en sí misma, sino abierta a la trascendencia, a esa otra dimensión de la realidad como es la espiritual.

Por eso el primer apartado se dedica a la espiritualidad. La fe es conocimiento, pero no sólo es conocimiento: fundamentalmente es experiencia. Se puede aprender la fe, conocer de memoria el Credo, dominar el Catecismo, ser doctor en Teología y carecer de fe. De fe subjetiva, es decir, la seguridad que tengo en Jesucristo como mi Salvador y Redentor, algo que nadie puede medir, ni yo mismo, porque no es una realidad cuantificable y porque sólo el Espíritu Santo la conoce y la concede. La fe así experimentada da origen a una vida, una vida interior o sobrenatural, denominada usualmente con el nombre de "espiritualidad".

1 Los 51 artículos aparecieron en tres portales y mi blog personal firmados por mi seudónimo: Dr. Salvador Fabre (en realidad, mi segundo nombre y segundo apellido) durante el año 2023. *Exaudi*, de España (<https://www.exaudi.org/es/>); *Crónica Viva* del Perú (<https://www.cronicaviva.com.pe/author/salvador-fabre/>) y *SPES*, de México (<https://spes.lat/>). Así como en mi blog personal Teología para Millennials: <https://teologiaparamillennials.com/>

La vida de fe, lleva, si es auténtica, a tener una espiritualidad personal, íntima, propia de cada uno, aunque en sintonía con las líneas maestras de la fe objetiva: conjunto de enseñanzas de Jesucristo propuestas como tales por la Iglesia, contenidas en el Credo y el Catecismo. Desde esa espiritualidad se experimenta y se vive la experiencia del mundo. Es lo que se conoce como "visión sobrenatural" o ver las cosas "con ojos de eternidad" (san Josemaría Escrivá), en definitiva, ver, juzgar, sentir, vivir el mundo desde el prisma de la fe, transfigurándolo, concediéndole así su auténtica profundidad y envergadura, en la medida en que es finito, pasajero y encaminado hacia su trascendencia o "escatología", por usar un término teológico. Esta visión de las cosas, las personas y los acontecimientos nos produce, casi sin darnos cuenta, a lo que san Josemaría Escrivá denominaba "nariz católica", que puede estar presente en la gente sencilla, pero con una profunda vida espiritual, y pueden carecer de ella grandes intelectuales, teólogos o católicos simplemente culturales, para quienes su fe se manifiesta sólo como un dato cultural, pero que está muerta en la práctica cotidiana.

Por eso era preciso partir de una base espiritual para comenzar el recorrido del libro. Porque sólo desde esa fe vivida se comprende lo siguiente, pues es la llave para descifrar el enigma del mundo –creado por Dios y finalizado en Él– y de la persona humana –creada a imagen y semejanza de Dios–. Ahora bien, lo que se ofrece no es tanto un "tratado de espiritualidad" como unos esbozos espirituales, que permiten dibujar, a manera de croquis preliminar, el mapa de la Iglesia, la cultura y el mundo como se encuentran en la actualidad. Digamos que la perspectiva desde la que se profundiza en esas tres realidades fundamentales, auténticas coordenadas de la existencia creyente, es desde la fe vivida o espiritualidad.

Desde esa espiritualidad puede aspirarse a tener una comprensión más profunda, más cercana a la verdad, de los siguientes apartados que eslabonan el libro. En efecto, la realidad de la Iglesia, la santidad, las crisis mismas del

catolicismo y la figura del Papa, sólo pueden comprenderse en profundidad desde una perspectiva de fe. Sólo partiendo de una espiritualidad se les hace justicia, se encuentra la clave que permite descifrar su misterio. No quiere decir que sea la única forma de abordar dichas realidades; caben otros prismas, como el político, el sociológico, el cultural, el histórico, el económico, etc. Pero todos ellos, siendo legítimos y a veces necesarios, son fragmentarios. La visión de conjunto, la unidad y el sentido de estas realidades solo se descubren con los ojos de la fe vivida, plasmada en la espiritualidad.

Esa espiritualidad cuaja también en la cultura y la impregna. Puede constituir un elemento válido para interpretarla y, de hecho, muchas veces se convierte en vehículo o vector para transmitirla. En el conjunto de artículos que componen el apartado "Cultura", puede verse cómo, tras bambalinas, hay una trama más profunda de fe en los temas que ahí se abordan. O, si no es así, la fe constituye un elemento crítico para valorar la cultura, puesto que ella misma –la cultura– no está ahí, sin más, sino que puede evaluarse como buena o como mala, no es aséptica o indiferente; o me ayuda a crecer como individuo y sociedad, o se convierte en una piedra en el camino hacia la plenitud humana. La fe se muestra entonces como una criba, desde la cual podemos evaluar los grandes dramas de la sociedad contemporánea, como pueden ser el matrimonio, la familia, el aborto, la eutanasia o los "derechos" LGTBIQ+.

Por último, la fe y, en consecuencia, la espiritualidad personal no es ajena al flagelo de la guerra en la humanidad, que podría definirse como el culmen o la síntesis de todos los males: la humanidad que se destruye a sí misma, un poco como la pintura de Goya, "Saturno devorando a su hijo". Nos puede suceder, como le pasaba a san Josemaría Escrivá, que la oración brota espontánea al seguir las noticias, y nos impele a pedir por los que sufren: tragedias, guerras, crisis, etc. El apartado dedicado a la guerra en particular y a la violencia en general son necesarios para culminar el cuadro, pues al igual que las crisis de la Iglesia o de los desastres

culturales, la instantánea necesita del horror de la guerra para presentar, como toques de un cuadro tenebrista, el retrato de la humanidad actual, en la segunda década del siglo XXI, no idealizado, sino cercano a la verdad. Así dramas profundamente mediáticos, como la guerra en Ucrania o la Franja de Gaza, se complementan con otros, ignorados por la opinión pública, como la tragedia de Armenia. A ello debería sumársele –aunque ya no encuentran cabida en el libro– los dramas de la violencia en México, Ecuador o Nigeria, por citar sólo algunos casos. De cualquier forma, para la persona creyente, el drama de la guerra y la violencia no la deja indiferente, no se siente ajena o lejana, sino involucrada en primera persona, y llamada por Dios a elevar un clamor incesante por la paz: "Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios" (*Mateo 5, 9*).

Como puede observarse, el texto nos ofrece un rápido dibujo a lápiz de la Iglesia y el Mundo en la segunda década del tercer milenio, desde la perspectiva de la fe. Nos muestra así la utilidad de poseer una espiritualidad, una riqueza interior, que permita asimilar y, por así decir, digerir los dramáticos acontecimientos contemporáneos. Por lo menos eso es lo que humildemente pretende, sólo el amable lector, al finalizar su lectura, podrá juzgar si lo ha conseguido.

ESPIRITUALIDAD

Los textos contenidos en el presente apartado intentan mostrar cómo el espíritu es la raíz de nuestro actuar, y la explicación última de las situaciones en nuestra vida y en el mundo. La espiritualidad, en efecto, debiera estar detrás de todo obrar humano libre, particularmente el referente a la realización de la Iglesia, pero también en el encaminado a la construcción de una sociedad mejor.

Carecer de espiritualidad al realizar las mejores tareas expone al alma a quedarse sin combustible interior, a vaciarse. Viene a ser como "emitir un cheque sin fondo" (cuando había cheques), "coser sin hilo" o "pedalear sin cadena". El respaldo, por lo menos a nivel sobrenatural, de todo lo que hacemos debería ser espiritual, y del espíritu brota la fuerza para la *metanoia* personal y la transformación del mundo: "El alma arrastra al cuerpo", diría san Agustín; "aunque el cuerpo esté destrozado", apostillaría san Josemaría Escrivá.

Podríamos dividir esta sección del libro en tres apartados, cada uno formado por tres artículos. El primero está dedicado al primer tiempo litúrgico del año: el adviento. Tiene un carácter netamente espiritual, pues se trata de tres meditaciones orientadas a vivir mejor el adviento para preparar la vivencia religiosa de la Navidad.

El segundo apartado podríamos denominarlo "autobiográfico", donde muestro experiencias íntimas personales, propias de mi vida espiritual concreta. Consideraciones espirituales que me hago, alimentadas de mi personalísima relación con Dios. Casi pudiera afirmar que se trata de una falta de "pudor espiritual".

El tercer grupo está formado por temas espirituales, pero abordados desde perspectivas diversas. Así, "La grandeza del sacerdocio", entra de lleno en lo que podríamos denominar "consideraciones espirituales". "Historicidad de la Virgen" aborda el problema crítico de sentar suficientemente el carácter histórico del "evento Guadalupano", dado que ha sido puesto en duda por la corriente histórica

"antiaparicionista". Finalmente "Redescubrir el alma" nos introduce en el debate filosófico-teológico sobre el origen y naturaleza del uso católico de la noción de "alma". ¿Es una importación del helenismo o tiene raíces bíblicas o ambas cosas?

Protagonistas del Adviento: San Juan Bautista

Es preciso realizar una consideración preliminar. La Iglesia, en su sabiduría añosa, nos ofrece dos fases en el desarrollo de este tiempo litúrgico fuerte, que es el Adviento. En la primera, enfoca su mirada en la segunda venida de Cristo, al final de los tiempos, cuando venga con poder y gloria a juzgar este mundo. Nos presenta así el fin de la historia, animándonos a prepararnos para tal evento. De hecho, de alguna forma lo hacemos cotidianamente, quizá sin darnos demasiada cuenta, al rezar el Padrenuestro, cuando invocamos "venga a nosotros tu reino". Ese reino que imploramos, es la consumación de la historia, el reinado definitivo y efectivo de Cristo sobre la entera creación. También lo pedimos cada vez que asistimos a la santa Misa, al exclamar, inmediatamente después de la consagración: "anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡ven Señor Jesús!" Jesús ya vino, no sólo hace dos mil años, sino que, inmediatamente antes de pronunciar estas palabras, bajó nuevamente al altar gracias a la acción del Espíritu Santo y a las palabras de la consagración, pero estando ahí presente Jesús, le pedimos que apure su segunda venida, al final de los tiempos.

La segunda parte comienza el 16 de diciembre, coincide con la novena de la Navidad, cuando se rezan las antífonas solemnes previas a la Navidad, que nos invitan a centrar la mirada en el Misterio de Cristo naciente. Digamos que la

primera parte del Adviento nos invita a mirar hacia adelante, a la segunda venida; la segunda parte, por el contrario, hacia atrás, para contemplar su primera venida en pobreza y humildad. ¿Para qué ese sucesivo cambio de perspectiva?, ¿por qué primero mirar hacia adelante y después hacia atrás? Quizá la respuesta nos la ofrezca san Bernardo, que de alguna forma "infla" las venidas de Cristo al incluir una "tercera venida", en este caso, a nuestro corazón, en el silencio y la intimidad. Las meditaciones sobre el adviento tienen como finalidad provocar esa venida a Jesús en nuestro corazón en el presente, en el tiempo real de nuestra existencia, la cual discurre a caballo entre esas dos venidas teológicas claras: la primera en Belén hace dos mil años, la segunda al final de los tiempos, sólo Dios sabe cuándo.

Por eso la primera figura a contemplar es la del Precursor, san Juan el Bautista. Apenas seis meses mayor que Jesús, enviado por Dios para preparar su venida, y disponerle "un pueblo perfecto". En realidad, san Juan Bautista forma parte de lo que pudiéramos denominar "nuestro tiempo", pues su ministerio es posterior al Nacimiento en Belén, y anterior a la segunda venida. De todas formas, constituye el eslabón entre el Antiguo y el Nuevo Testamentos y es anterior al nacimiento de la Iglesia, con el que realmente surge el "tiempo de la Iglesia", "tiempo del Espíritu Santo", nuestro tiempo... Pero su misión es muy conforme con el significado profundo del Adviento, pues nos invita a "mirar a Jesús" y a prepararnos para su venida: su segunda venida al final de la historia y su tercera venida a nuestra alma en gracia.

San Juan, en efecto, lo señala y encamina a sus discípulos hacia Él. Digamos que, de alguna forma, todos tenemos algo de "san Juan Bautista", pues nuestra vida espiritual puede comprenderse como la misión del Bautista: preparar la segunda venida de Cristo a este mundo con el trabajo bien hecho, ofrecido a Dios, santificado y santificante; y, en segundo lugar, descubrir a Jesús y señalarlo: descubrirlo en las personas, en nuestro trabajo, en la vida familiar, social o política y en señalarlo para que las demás personas lo descubran y lo sigan, para que la sociedad, la humanidad

entera se oriente hacia Él, y contribuir de esa forma a realizar lo que profetizó san Pablo: "que Dios sea todo en todos" (1 *Corintios* 15, 28).

Para vivir bien el Adviento, nada mejor que imitar la actitud del Bautista. Podría resumirse ésta en su humildad, la viva conciencia que tiene de ser sólo un instrumento o, por usar otro símil, de ser él la envoltura y Jesús el regalo. Una vez recibido el regalo, pierde el sentido la envoltura. Se trata entonces –¡qué difícil es!– de descubrir que el centro de la fiesta no somos nosotros, es Jesús. Que el mundo no gira alrededor nuestro, sino de Él. De poder decir, con autenticidad, como san Juan: "conviene que Él (Jesús) crezca y yo disminuya". En el Adviento, por tanto, podemos hacer el ejercicio de ubicarnos en nuestra realidad existencial, espiritual y religiosa. De alguna forma revivir el descubrimiento de Copérnico y descubrir, maravillados, que el centro no somos nosotros, sino Jesús, y tomar las medidas, dar pasos decididos, en orden a que efectivamente, y no sólo en nuestros deseos o en nuestra boca, sea Jesús el centro de nuestra vida.

Muchas veces, además, podemos tener el "complejo del Bautista". ¿En qué consiste? En sentirnos como él: "voz que clama en el desierto: enderezad el camino del Señor" (*Juan* 1, 23, vid. *Isaías* 40, 3). A veces sentimos que nuestro clamor cae en el desierto, en tierra baldía, nadie lo escucha, todos lo ignoran. A veces los cristianos nos sentimos incomprendidos en el mundo, cuando no extraños a él. No debemos, sin embargo, dejar de ejercer nuestra misión profética en el seno de la sociedad. Dios cuenta con ello, aún con la apariencia de falta de frutos. Algo análogo le sucedió al Bautista: su misión estribaba en preparar al pueblo de Israel para recibir a su Mesías, pero cómo explica el otro san Juan en el prólogo de su evangelio: "vino a su casa, y los suyos no le recibieron" (*Juan* 1, 11), finalmente el pueblo de Israel no aceptó a su Mesías y lo crucificó. Los designios de Dios son inescrutables, pero Dios contó con la misión de san Juan Bautista, así como cuenta con la nuestra.

Proclamar, en medio del mundo, que el fin del mundo es trascendente a este mundo, aunque el mundo parezca no escucharnos. Como diría *Pink Floyd*: "*Keep talking*", sigue hablando, sigue sembrando la semilla de la Palabra, que el Espíritu Santo encontrará la forma de que esta dé fruto, y fecunde el mundo y la sociedad. No te canses de hablar, no ceses de proclamar "la buena nueva", "con ocasión y sin ella", "oportuna o inoportunamente" (en expresión de san Pablo). La dimensión del Bautista en nuestra vida es parte de nuestra vocación bautismal, del carisma profético con el que somos ungidos al recibir el carácter sacramental en el bautismo y la confirmación. Muy especialmente con este último sacramento, que nos da la gracia y nos capacita para dar testimonio público de nuestra fe. Y esto con naturalidad, sin estridencias ni cosas raras, en medio de la sociedad, a través de nuestra vida familiar, profesional o social, sirviéndonos de la amistad, vamos dando testimonio de Cristo. Sentimos en nuestro interior la fuerza de esta misión, la responsabilidad de estar a la altura de ella, y el empeño de que nuestra vida sea coherente con la misma, como lo fue la de san Juan Bautista con su misión de Precursor; si de algo no se puede dudar, es de la autenticidad del personaje, a él le pedimos también que nimbe con el sello de la autenticidad nuestra entera vida cristiana.

Protagonistas del Adviento: san José

Si lo pensamos un poquito, san José es la persona más santa, después de Jesús y de la Virgen María, que ha pisado esta Tierra. Pero, a diferencia de los primeros dos, tiene una característica que lo acerca a nosotros: es totalmente como nosotros. Jesús es Dios; no puede haber pecado en Dios, sería como un círculo cuadrado, una contradicción en los términos. La Virgen fue preservada del pecado original, aunque es

igual a nosotros, como Jesús, por su condición humana, no experimentó el lastre del pecado, la atracción de la tentación, el vértigo de la concupiscencia (seguramente Ella, como Jesús, fue tentada –el demonio no se toma vacaciones–, pero no sentía la inclinación que nosotros sentimos hacia lo prohibido, fruto del pecado original. Sus tentaciones, como las de Jesús, serían semejantes a las de Adán y Eva: más intelectuales que carnales). San José en cambio, él sí que es uno de nosotros: con pecado original, teniendo que luchar cada día por no ceder a las tentaciones que se le presentaban en el camino. Es verdad que hay un grupo de fieles devotos que sostienen la opinión teológica, de que análogamente a la Virgen, él también habría estado privado del pecado original, por el mismo motivo. Sin embargo, tal opinión no es doctrina oficial de la Iglesia. Personalmente me ayuda más pensar que compartió conmigo el pecado original y, con él, el zarpazo de la concupiscencia.

San José corrige o precisa más nuestra comprensión del misterio de la santidad. A veces la asociamos a manifestaciones sobrenaturales aparatosas: estigmas, don de profecía, bilocación, levitación, fenómenos místicos, cuerpos incorruptos. De todo eso hay, y abundante, en la bimilenaria historia de la Iglesia, que debería comprenderse, fundamentalmente, como la historia de los santos (quienes han vivido plenamente su vocación dentro de la Iglesia). Pero san José nos muestra que eso no es lo más importante, y que el santo más santo de todos, no tuvo prácticamente nada de eso –a excepción de los mensajes que los ángeles le daban en sueños–, y que alcanzó la cima de la santidad fundamentalmente a través de su vida ordinaria: su trabajo bien realizado y su vida familiar. La familia y el trabajo serían los dos ascensores que lo elevaron a la más eximia santidad. Y eso, nuevamente, lo acerca a nosotros, pues su vida es como la nuestra: una vida entrelazada en el entramado de relaciones familiares, profesionales y sociales. De hecho, san José tenía prestigio profesional, buena cuenta dan de ello los evangelios, cuando identifican a Jesús como "el hijo del Carpintero" (*Mateo 13, 55*).

La enseñanza es clara: es en la vida corriente, más que en los fenómenos extraordinarios, donde todos tenemos la posibilidad de encontrar a Dios. Nos ayuda a redescubrir el inmenso filón espiritual que supone una realidad a la que quizá estamos acostumbrados, transfigurándola, convirtiéndola en vía expedita hacia la unión con Dios, accesible a "todos los presupuestos", es decir, a toda clase de personas. El más grande santo de los santos así se hizo santo. San José era, sobre todo, absolutamente normal. No quiero entrar ahora en la discusión teológica sobre la primacía de la santidad; no busco enmendarle la plana a Jesús cuando afirma: "En verdad os digo que no ha nacido de mujer uno más grande que Juan el Bautista" (*Mateo 11, 11*), frente a la conciencia que progresivamente ha adquirido la Iglesia de que san José "le rebasó por la derecha" al ser el Padre putativo de Jesús, es decir, cumplir la misión más importante –después de la Virgen– en la historia de la salvación. Lo cierto es que san José se nos muestra mucho más cercano e imitable a nosotros que Juan el Bautista. Este último vivía en el desierto, se alimentaba de langostas y miel silvestre, vestía una piel de camello y anunciaba en tonos dramáticos y urgentes la necesidad de la conversión... no deja de ser una personalidad excéntrica. San José, en cambio, se nos muestra callado, trabajador, amante de su familia. Digamos que representa un esquema vital mucho más común que el anterior. No faltarán en la Iglesia vocaciones proféticas, como la del Bautista, pero la inmensa mayoría de los cristianos, nos vemos reflejados más bien en san José.

Los evangelios son parcos al hablar de María, recogen pocas palabras de Ella. De san José, ninguna. Es el hombre de confianza de la Trinidad, atendiendo especialmente al tiempo en el que Jesús vino al mundo, marcadamente machista, en el cual las mujeres contaban más bien poco, José era cabeza de familia. Bajo su responsabilidad estaba la Sagrada Familia. Podríamos decir que "las joyas de la corona de la Trinidad", Jesús y María, habían sido puestas bajo su cuidado. Por eso, es él quien recibe el aviso, por parte de los ángeles, de huir a Egipto y luego de volver a Judea primero, Galilea después. Los más valioso del Dios Trino en el mundo

era su responsabilidad, lo que no nos permite dudar de que san José fue el hombre de confianza de la Trinidad.

¿Cómo era san José? Esa pregunta se la han hecho prácticamente todos los hombres de oración a lo largo de la historia. Los evangelios nos dejan ver más bien poco, pero rico en contenido y en enseñanzas para nuestra vida. Lo más clamoroso y evidente es que José era callado. No era un varón de muchas palabras, de las palabras más largas que las obras, como sucede con frecuencia; por el contrario, era un hombre de hechos, en el que Dios podía confiar. Si comparamos el desvelamiento de la vocación de la Virgen con el de san José, hay una diferencia muy clara: a la Virgen el Arcángel Gabriel le pregunta y, como diría san Bernardo, toda la creación espera anhelante su respuesta. A san José, en cambio, simplemente le avisan –no le preguntan–, el ángel le dice con claridad lo que tiene que hacer: recibir a su esposa y ponerle al fruto de su seno Jesús, y lo hace.

Es decir, no sólo era callado. Era eficaz. No un hombre de problemas, sino de soluciones. Pero –y esto es muy importante– ante todo, un hombre dócil a la acción de Dios, maleable a la acción del Espíritu Santo. Se deja conducir por Dios, baila al son que Dios le pone. Vive, en consecuencia, un confiado abandono en las Manos de Dios, pero, al mismo tiempo, pone toda su energía y creatividad al servicio del designio divino. Por eso, por ejemplo, en vez de quedarse en Belén o en Judea al morir Herodes, prefiere irse a Galilea para estar más seguro, y un ángel le confirma en la corrección de su decisión. Es decir, no era alguien pasivo, que se limitaba a "cumplir órdenes", sino que tenía iniciativa personal, sólo que la adecuaba al plan de Dios cuando este le era manifestado. Por eso, con toda naturalidad, no le tembló la mano a la hora de enseñarle a Jesús su propio oficio, de manera que también Jesucristo era conocido por su trabajo: "¿no es este el carpintero, el hijo de María?" (*Marcos 6, 3*). Alguien hubiera podido pensar: "¿cómo se atreve a enseñarle un oficio tan humilde al que ha venido al mundo para salvarlo!" Pues sí, se atrevió, de forma que Jesús nos salvó no sólo en la Cruz, sino

también a lo largo de sus años de vida oculta, trabajando, codo con codo, con san José.

Callado, eficaz, dócil y humilde. San José era el más humilde de los hombres. No "se le subió" haber desempeñado el más importante de los oficios: ser cabeza de familia en la Sagrada Familia; tener a su resguardo a Jesús –¡Dios mismo!– y a María. Por el contrario, vivió una vida absolutamente normal y murió, podemos suponerlo, agotado, trabajando. No por nada es el "patrono de la buena muerte", pues murió acompañado de Jesús y de María, "pronunciando estos nombres dulcísimos". Impresiona pensar que Jesús y María sufrieron por la muerte de José, le echarían en falta. En cualquier caso, fue un hombre de trabajo y de humildad, nada pagado de sí mismo, consciente de que él no era el centro, sino lo era Jesús. Aceptando gozoso esa realidad, asumiendo su papel.

San José, en consecuencia, puede ser también descrito como alguien cuya pasión era servir y pasar desapercibido, es decir, no "apuntarse el tanto". Trabajador, discreto, eficaz, servicial. Entendía su vida entera como un servicio, a Dios en primer lugar, a través de Jesús y de la Virgen, y eso le llenaba el alma. Pero, con su trabajo, además de servir a su familia proporcionándole un digno medio de sustento, servía a la entera sociedad, al realizarlo bien, con perfección, con pasión. Un hombre cuya pasión es servir, vivir para los otros, estar disponible a la misión de Dios. San José redescubre entonces la grandeza del servicio –tan vilipendiada e incomprensida por la cultura dominante– mostrándonos cómo servir es "oro molido" en la presencia de Dios. De hecho, Jesús dijo con claridad: "no he venido a ser servido sino a servir y a dar la vida" (Marcos 10, 45). Impresiona pensar que eso mismo Jesús lo vio encarnado en la vida de su padre putativo. De manera que, como san José, vamos por buen camino –y a contracorriente, lógicamente–, cuando nuestra mayor aspiración es servir. El servicio desinteresado a Dios y a los demás colma de sentido nuestras vidas. La humanidad tiene urgente necesidad de redescubrirlo, como tiene necesidad de redescubrir la vocación de madre, es

decir, la grandeza de la vocación al servicio desinteresado, que se convierte en donación total de sí misma; un auténtico holocausto discreto, agradable a los ojos de Dios a la par que políticamente incorrecto.

Por todo eso y por mucho más, san Josemaría Escrivá afirmaba que san José era "patrono de la vida interior". En efecto, la esencia de la vida cristiana es el amor. Si san José se hizo santo no fue solamente por trabajar y tener una familia –prácticamente todos los seres humanos nos encontramos en ese supuesto y no por eso somos santos–, sino por amar a Dios a través de su trabajo y de su familia. Aunque, de alguna forma, él "hizo trampa", porque Jesús, que es Dios, era parte de su familia. Amar a Dios y a su familia eran uno y lo mismo, la misma cosa. La santidad puede ser descrita, más amablemente, como amor a Jesús y, ¿por qué no?, a la Virgen (nos parecemos a Jesús cuando amamos a su Madre como Él la amaba). José no hizo otra cosa en su vida que amar a Jesús y a la Virgen. Realizaba su trabajo por amor a Jesús y a la Virgen, vivía su vida familiar amando a Jesús y a la Virgen. A nosotros se nos presenta la misma atractiva posibilidad, sólo que más difícil: san José amaba a una familia real y perfecta; nosotros tenemos que amar a una familia real e imperfecta, y quizá por eso tenemos más mérito. San José no tenía que hacer esfuerzos para descubrir a Jesús; nosotros tenemos que hacerlos para descubrirlo en nuestros familiares, colegas y amigos. Pero, precisamente por ello, le pedimos ayuda al mismo san José, para que, como él, amemos a Jesús y a María a través de nuestra familia y nuestro trabajo.

La contemplación sencilla del nacimiento –¡qué no se pierda esta hermosa costumbre cristiana!– no sólo nos obtiene este año la "indulgencia plenaria", ofrecida por el Papa Francisco², sino que también nos ayuda a redescubrir el sentido de nuestra vida ordinaria, a replantearnos su valor,

2 En el 2023 se cumplieron 800 años del primer "nacimiento" o "belén", representado por san Francisco de Asís en Greccio, Italia. El Papa Francisco concedió indulgencia plenaria a las personas que fueran a rezar devotamente delante de un nacimiento franciscano

a vivirla de manera diferente, transfigurada, henchida de amor y como lugar de contemplación.

Protagonistas del Adviento: La Virgen

No resulta sencillo escribir sobre la Virgen María. Quizá pueda explicarlo con una anécdota: hace años en un kínder pidieron a los niños que dibujaran a su familia. Un niño dibujó a todos los de su casa, menos a su mamá. La psicóloga del kínder, alarmada, llamó a sus papás a cita, temiendo algún maltrato, algún problema familiar o trauma en el niño. Al preguntarle, con gran delicadeza, por qué no había dibujado a su mamá, respondió con desarmante sencillez: "es que mi mamá es muy bonita y yo dibujo muy feo". Algo así sucede cuando tenemos que escribir sobre nuestra Madre, pero no queda otro remedio, pues Ella es el personaje central del Adviento, ya culminante.

Una clave para abordar el misterio de María en el Adviento es servirnos de los "prefacios de adviento" (el "prefacio" es una oración de la Misa, que de algún modo expresa el significado de la celebración particular del día). Así, uno de ellos, quizá el más utilizado en los días previos a Navidad, dice lacónicamente lo siguiente: "A quien todos los profetas anunciaron, la Virgen esperó con inefable amor de madre, Juan lo proclamó ya próximo y señaló después entre los hombres". ¿Cómo quisiéramos esperar la venida de Jesús? Como la Virgen: "con inefable amor de madre". Lo que pedimos humildemente a Dios estos días, es que colme nuestro corazón de amor a Jesús, porque quisiéramos, por un imposible, amarlo como Ella. Sólo el amor es la respuesta proporcionada de la creatura a su Creador, y quisiéramos que nuestro corazón rebose de él estos días.

Ahora bien, de hecho, hay un prefacio de adviento enteramente dedicado a la Virgen. El prefacio de adviento

IV, titulado: "María, nueva Eva", que ofrece, en un contexto más amplio, una panorámica de la misión de la Virgen en la trama de la redención. Vale la pena recoger por extenso el texto de esa oración:

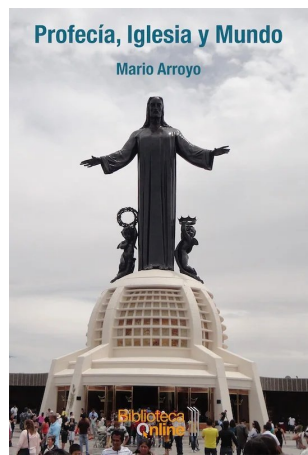
"En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
alabarte, bendecirte y glorificarte
Señor, Padre Santo,
Dios todopoderoso y eterno,
por el misterio de la Virgen Madre.

Del antiguo adversario nos vino la ruina,
pero en el seno virginal de la hija de Sion recibió la vida
aquél que nos nutre con el pan de los ángeles,
y surgieron para todo el género humano
la salvación y la paz.

La gracia que perdimos por Eva nos fue devuelta en María;
su maternidad redimida del pecado y de la muerte,
se abre al don de una vida nueva,
para que, donde abundó el pecado sobreabundara tu
misericordia
por Cristo, nuestro Salvador".

Son varios los acentos mariológicos en esta oración, que pueden servirnos para encauzar nuestra plegaria y piedad durante estos días. En primer lugar, agradecer a Dios, fuente de todos los bienes, de todos los dones, por el don eximio de la Virgen: "alabarte, bendecirte y glorificarte por el misterio de la Virgen Madre". María es "la joya de la corona de Dios", "el buque insignia de la creación", "la obra maestra del Creador". Nada hay superior, en todo lo creado por Dios, que la Virgen (si exceptuamos la Humanidad Santísima de Cristo, ahora viviente en el seno de María). Ella, por especial privilegio, engloba los dos dones que Dios ha concedido, por especial privilegio, a la mujer: la maternidad y la virginidad. En esa "paradoja biológica", que escandaliza a muchos descreídos, está significada la particular predilección de Dios por la Virgen.

¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer el comienzo de *Profecía, Iglesia y mundo*, de Mario Arroyo. El libro completo reúne cincuenta y un artículos, publicados en 2023 con el seudónimo Salvador Fabre, que miran la Iglesia, la cultura y el mundo actual con los «anteojos de la fe».

Comprar el libro completo >

bibliotecaonline.es/profecia-iglesia-y-mundo

QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **Espiritualidad.** Meditaciones de Adviento sobre san Juan Bautista, san José y la Virgen; reflexiones personales sobre la soledad y la desesperanza; el sacerdocio, la Virgen de Guadalupe y el alma.
- **Iglesia, santidad y Francisco.** Rezar la Iglesia, la unidad, la sinodalidad y las crisis; los santos, los mártires y la depresión de los santos; el pontificado de Francisco, la JMJ y las universidades católicas.
- **Cultura.** El sentido, el trabajo, el ateísmo maduro, el matrimonio, la ideología, la libertad de culto y el cine.
- **Guerra.** La paz en Tierra Santa y la tragedia olvidada de Armenia.

Artículos breves y de actualidad, con prólogo del cardenal Felipe Arizmendi.

BibliotecaOnline

bibliotecaonline.es
pedidos@bibliotecaonline.es
ISBN: 978-84-17539-97-9



Escanea para comprar